

EL MENSAJE SOCIAL DE LOS PADRES DE LA IGLESIA



La sociedad según Dios (2)

Parroquia Inmaculada Concepción
Monte Grande

La paz es posible

De forma magistral, San Agustín analiza en qué consiste la paz social —tranquilidad en el orden— y en qué nos compromete el anhelarla:¹

La sociedad de todos los mortales, extendida por toda la tierra y en los más diversos lugares, unida, sin embargo, por la comunión de una y la misma naturaleza, se divide con frecuencia contra sí misma, y la parte que vence, oprime a la otra. Esto se debe a que cada una busca su utilidad y placer, y el bien que apetecen no es suficiente para nadie o no para todos, porque no es el bien en sí mismo...²

La Iglesia proclama «el evangelio de la paz» (Ef 6, 15) y está abierta a la colaboración con todas las autoridades nacionales e internacionales para cuidar este bien universal tan grande. Al anunciar a Jesucristo, que es la paz en persona (cf. Ef 2, 14), la nueva evangelización anima a todo bautizado a ser instrumento de pacificación y testimonio creíble de una vida reconciliada. Es hora de saber cómo diseñar, en una cultura que privilegie el diálogo como forma de encuentro, la búsqueda de consensos y acuerdos, pero sin separarla de la preocupación por una sociedad justa, memoriosa y sin exclusiones. El autor principal, el sujeto histórico de este proceso, es la gente y su cultura, no es una clase, una fracción, un grupo, una élite. No necesitamos un proyecto de unos pocos para unos pocos, o una minoría ilustrada o testimonial que se apropie de un sentimiento colectivo. Se trata de un acuerdo para vivir juntos, de un pacto social y cultural.

Papa Francisco, Evangelii gaudium, 239

...La paz del cuerpo es la ordenada complexión de sus partes. La paz del alma irracional, la ordenada calma de sus apetitos. La paz del alma racional es la concordia ordenada entre el conocimiento y la acción. La paz del cuerpo y del alma, la vida ordenada y la salud del ser vivo. La paz entre el hombre mortal y Dios es la ordenada obediencia en la fe bajo la ley eterna. La paz de los hombres, su ordenada concordia. La paz de la familia es la ordenada concordia entre los que mandan y obedecen en ella. La paz de la ciudad es la ordenada concordia entre los ciudadanos que gobiernan y los gobernados. La paz de la ciudad celestial es la ciudad ordenadísima y concordísima para gozar de Dios y unos de otros en Dios. La paz de todas las cosas, la tranquilidad del orden. El orden es la disposición que asigna a las cosas iguales y a las desiguales, a cada una su lugar. (...)

...Dios, pues, sapientísimo creador y justísimo ordenador de todas las naturalezas, que concedió al hombre la máxima dignidad entre los seres de la tierra, le dio ciertos bienes convenientes a esta vida; es decir, la paz temporal según la medida de la vida mortal para su conservación, incolumidad y sociabilidad. Le concedió también todas las cosas necesarias para conservar y recuperar esta paz, como lo que es apto y conveniente para los sentidos, la luz, la noche, las auras respirables, las aguas potables, y todo lo que es apto para alimentar, vestir, curar y adornar el cuerpo. Todo eso nos lo concedió con una condición justísima: que el mortal que usara rectamente de tales bienes, ajustándose a la paz de los mortales, recibiría bienes mayores y mejores, a saber, la misma paz inmortal y la gloria y el honor conveniente a ella, de gozar a Dios en la vida eterna y al prójimo en Dios. Pero quien use mal no recibirá aquellos bienes y perderá éstos.³

Así, pues, el uso de las cosas temporales se refiere a la consecución de la paz terrenal en la ciudad terrena y en la ciudad celestial al logro de la paz eterna... Y puesto que el divino Maestro enseña dos preceptos principales, a saber: el amor a Dios y el amor al prójimo, en los cuales el hombre halla tres seres que amar —a Dios, a sí mismo y al prójimo—, y como el que ama a Dios no peca amándose a sí mismo, es lógico que cuide de atraerse también al amor de Dios al prójimo, a quien se le manda amar como a sí mismo. Así debe hacer con la mujer, con los hijos, con los domésticos y con los demás hombres que pudiere, como quiere que el prójimo mire con él si acaso lo necesitare. Y así tendrá

¹ El tema de la paz social es tratado también en el fascículo de esta colección dedicado a la justicia social.

² San Agustín; *La ciudad de Dios* (Libro XVIII, cap. II) (MSPI núm. 1166)

³ Id. (Libro XIX, cap. XIII, núms. 1 y 2) (MSPI núms. 1167-1168)

paz, en cuanto de él depende, con todos los hombres. Ésta es la paz de los hombres, es decir, la concordia ordenada, el orden de la cual es el siguiente: primero, no dañar a nadie; después, hacer bien a quien se pueda. En primer lugar le corresponde el cuidado de los suyos; en efecto, bien por el orden de la naturaleza, bien por el de la sociedad humana, tiene ocasiones más fáciles y oportunas de mirar por ellos. Por eso dice el apóstol: «Quien no cuida de los suyos, y especialmente de los de su misma casa, reniega de la fe y es peor que un infiel» (1 Tim 5, 8).

De ahí nace la paz doméstica; es decir, la concordia ordenada entre los que viven juntos en el mando y la obediencia. [...] Pero en la casa del justo, que vive de la fe y peregrina hacia aquella ciudad celestial, también los que mandan sirven a aquellos a quienes parecen dominar. Porque no mandan por ambición de dominio, sino por deber de mirar por ellos; ni por orgullo de reinar, sino por misericordia de atenderles.⁴

El logro de la paz es una opción y una tarea del hombre; su camino es el ejercicio de la virtud:

De entre las cosas [...] hay unas que son por naturaleza buenas; otras, lo contrario; otras no son ni buenas ni malas, sino que ocupan un término medio. Buena es por naturaleza la religión; mala, la impiedad; buena es la virtud; malo, el vicio; la riqueza, empero, y la pobreza, no son de suyo ni lo uno ni lo otro, sino que se tornan buenas o malas según la intención del que usa de ellas.⁵

...La mala voluntad consiste [...] no en naturalezas malas, sino porque se obra contra el orden de la naturaleza, tanto en lo más alto como en lo más bajo. La avaricia no es, pues, vicio del oro, sino de hombres perversos que aman el oro, abandonando la justicia, que, sin comparación alguna, debe ser preferida al oro. [...] Ni la soberbia es vicio del que da el poder o tampoco del mismo poder, sino de las almas perversas que aman su poder, despreciando el poder más justo y más poderoso. Por eso, quien ama perversamente el bien de cualquier naturaleza viene a ser malo en el bien...⁶

No pongamos, pues, todo el empeño en acumular riquezas y dejarlas a nuestros hijos. Enseñémosles la virtud y pidamos para ellos la bendición de Dios. Esta es la mayor opulencia, ésta la riqueza inefable que no se consume, ésta la que diariamente acrecienta la misma opulencia. Y es así que nada hay comparable a la virtud, nada más fuerte que la virtud. No me habléis de la realeza ni del que se ciñe diadema. Si no posee la virtud, es más miserable que el más pobre harapiento. Porque, ¿de qué le vale la diadema o la púrpura, cuando su propia desidia lo traiciona? ¿Acaso el Señor hace distinción de dignidades exteriores? ¿Acaso se conmueve por el lustre de las personas? Aquí sólo se busca una cosa, aquí sólo la práctica de la virtud abre las puertas del valimiento ante El. El que este valimiento no tuviere, será contado entre los deshonrados y desvalidos.

Esto es lo que todos hemos de mirar, esto hemos de enseñar a nuestros hijos que precien sobre todas las cosas y que tengan en nada la abundancia de riquezas. Y es así que, frecuentemente, esa abundancia se torna obstáculo para la virtud, dado caso que el joven no sabe usar de ella convenientemente.⁷

Así como por la virtud se alcanza el bien, el vicio conduce al caos y la desgracia. Contra las reiteradas acusaciones al humanismo cristiano, San Juan Crisóstomo se pregunta: ¿quiénes dañan el orden social?:

...No, amigo; no es la filosofía la que lo pierde y corrompe todo, sino justamente el no profesarla. Si no, dime, ¿quiénes son los que dañan al orden constituido: los que viven moderada y sobriamente o los que inventan nuevos y perversos modos de placer? ¿Los que ponen su empeño en apoderarse de los bienes de todo el mundo o los que se contentan con lo que tienen? [...] ¿Los humanos y mansos y que no necesitan el honor del vulgo o quienes exigen de sus semejantes ese honor con más rigor que una deuda y son capaces de producir mil desgracias, porque fulano no se levantó o el otro no saludó primero ni se inclinó ni se portó como si fuera un vil esclavo? ¿Los que sólo piensan en

⁴ Ibid. (Libro XIX, cap. XIV) (MSPI núm. 1169)

⁵ San Juan Crisóstomo; *Contra las maledicencias y maldiciones* (núm. 2) (MSPI núm. 470)

⁶ San Agustín; *La ciudad de Dios* (Libro I, cap. VIII, núm. 2) (MSPI núm. 1163)

⁷ San Juan Crisóstomo; *Sobre el Genesis* (Homilía LXVI, 4) (MSPI núm. 484)

obedecer a los que ambicionan poder y mandos y están dispuestos a pasar por todo a trueque de conseguirlos? [...]

¿Los que construyen viviendas y se sientan a mesas opulentas o los que no buscan en la comida y vivienda nada más que lo necesario? ¿Los que se acotan yugadas y yugadas de tierra o los que creen no necesitar de la posesión ni de un terrón de ella? ¿Los que acumulan intereses y no dejan medio alguno de negocio sucio o los que rasgan esas escrituras injustas y aún socorren a los necesitados de sus propios haberes? [...] ¿Los que alimentan a las rameras y mancillan los lechos ajenos o los que se abstienen aun de la propia mujer?

¿No es así que los unos nacen sobre el orden o constitución de la tierra como los tumores en el cuerpo o las tormentas furiosas en el mar y perturban por su intemperancia a quienes de suyo podrían salvarse, y los otros, como faros brillantes en medio de profundas tinieblas, convidan a los náufragos a su propia seguridad, y encendiendo, como sobre un promontorio, las antorchas de la filosofía, conducen al puerto de la vida tranquila a quienes quieren seguirlos? ¿No es así que por culpa de los otros se originan las sediciones, guerras y batallas, los asolamientos de ciudades, las esclavitudes y servidumbres, los cautiverios y las matanzas y todos los males sin cuento de la vida, no sólo los que vienen a los hombres, sino los que bajan del cielo; sequías, inundaciones, terremotos, ruinas, hundimientos de ciudades, hambres y pestes y todo otro mal, en fin, de que allí nos viene?

Así, pues, éstos son los que trastornan la república y son la pestilencia del bien común; éstos son también para los otros causa de infinitas calamidades, perturbando a quienes quisieran vivir en paz, trayéndolos al retortero y destrozándolos por todas partes...⁸

El testimonio cristiano

Los siguientes testimonios y exhortaciones de los Padres prueban el fervor de los primeros cristianos en la encarnación de su fe; al mismo tiempo, resumen la misión a la que está llamado todo cristiano convencido: ser, ayudado por la gracia, fermento invisible de la masa, luz y sal, persona útil a los demás, para convertir a cada hombre —y a la sociedad— a Dios:

Los cristianos, en efecto, no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su habla, ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás. A la verdad, esta doctrina no ha sido por ellos inventada gracias al talento y especulación de hombres curiosos, ni profesan, como otros hacen, una enseñanza humana. Sino que, habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, y adaptándose en vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestra de un tenor de peculiar conducta admirable y por confesión de todos sorprendente.

Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria, tierra extraña. Se casan como todos; como todos engendran hijos, pero no exponen los que nacen. Ponen mesa común, pero no lecho. Están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan el tiempo en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el cielo. Obedecen a las leyes establecidas, pero con su vida sobrepasan las leyes. A todos aman y por todos son perseguidos. Se les desconoce y se les condena. Se les mata y en ello se les da la vida. «Son pobres y enriquecen a muchos.» Carecen de todo y abundan en todo. Son deshonrados y en la misma deshonra son glorificados.

⁸ San Juan Crisóstomo; *Contra los impugnadores de la vida monástica* (Libro III, núm. 9) (MSPI núms. 392-395)

Mas, para decirlo brevemente, lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo. El alma está esparcida por todos los miembros del cuerpo, y cristianos hay en todas las ciudades del mundo. Habita el alma en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; así, los cristianos son conocidos como quienes viven en el mundo, pero su religión sigue siendo invisible.

Jesús mismo es el modelo de esta opción evangelizadora que nos introduce en el corazón del pueblo. ¡Qué bien nos hace mirarlo cercano a todos! Si hablaba con alguien, miraba sus ojos con una profunda atención amorosa: «Jesús lo miró con cariño» (Mc 10, 21). Lo vemos accesible cuando se acerca al ciego del camino (cf. Mc 10, 46-52), y cuando come y bebe con los pecadores (cf. Mc 2, 16), sin importarle que lo traten de comilón y borracho (cf. Mt 11, 19). Lo vemos disponible cuando deja que una mujer prostituta unja sus pies (cf. Lc 7,36-50) o cuando recibe de noche a Nicodemo (cf. Jn 3, 1-15). La entrega de Jesús en la cruz no es más que la culminación de ese estilo que marcó toda su existencia. Cautivados por ese modelo, deseamos integrarnos a fondo en la sociedad, compartimos la vida con todos, escuchamos sus inquietudes, colaboramos material y espiritualmente con ellos en sus necesidades, nos alegramos con los que están alegres, lloramos con los que lloran y nos comprometemos en la construcción de un mundo nuevo, codo a codo con los demás. Pero no por obligación, no como un peso que nos desgasta, sino como una opción personal que nos llena de alegría y nos otorga identidad.

Papa Francisco, Evangelii gaudium, 269

Y no te maravilles de que el hombre pueda venir a ser imitador de Dios. Queriéndolo Dios, el hombre puede. Porque no está la felicidad en dominar tiránicamente sobre nuestro prójimo, ni en querer estar por encima de los más débiles, ni en enriquecerse y violentar a los necesitados. No es ahí donde puede nadie imitar a Dios, sino que todo eso es ajeno a su magnificencia. El que toma sobre sí la carga de su prójimo, el que está pronto a hacer bien a su inferior en aquello justamente en que él es superior, el que, suministrando a los necesitados lo mismo que él recibió de Dios, se convierte en Dios de los que reciben de su mano, ése es el verdadero imitador de Dios.⁹

...Esforcémonos así por la salud de nuestros hermanos. No es obra inferior al martirio no rehusar sufrimiento alguno por la salvación de todos. No hay cosa que le alegre más a Dios. [...] Nada más frío que un cristiano que no trate de salvar a los demás.

No tienes aquí por qué alegar tu pobreza, pues te acusaría la viuda que echó sus dos cornadillos. Y Pedro decía: «Oro y plata no tengo» (Hc 3, 6). Y Pablo era tan pobre, que muchas veces hubo de pasar hambre y carecía aun del necesario sustento. Tampoco puedes pretextar tu oscuro linaje, pues los apóstoles eran gente oscura y de padres oscuros. Tampoco tu incultura, pues ellos eran hombres iletrados. [...] No puedes tampoco alegar enfermedad, pues también Timoteo era enfermizo y sufría frecuentes achaques. [...] Cada uno puede ayudar a su prójimo, con tal de que quiera cumplir lo que está de su parte.

[...]...el otro que enterró el talento. Su vida fue intachable, pero no fue de provecho para nadie. ¿Puede calificarse a un hombre así de cristiano? Si la levadura, decidme, mezclada con la harina,

⁹ Discurso a Diogneto (caps. 5, 6 y 10) (MSPI núms. 12-14)

no transforma la masa a sí misma, ¿será eso acaso levadura? Si un perfume no llena de buen olor a los que están cerca, ¿vamos a llamar a eso perfume?

Y no digáis que os es imposible cuidar de los otros. Si sois cristianos, lo imposible es que no cuidéis. Como hay en la naturaleza cosas que no admiten contradicción, así acontece aquí, pues la cosa radica en la naturaleza misma del cristiano. No insultes a Dios. Si dijeras que el sol no puede alumbrar, lo insultarías. Si dices que el cristiano no puede ser de provecho a los otros insultas a Dios y lo dejas por embustero. [...] Si debidamente ordenamos nuestras cosas, la ayuda al prójimo se dará absolutamente, se seguirá como algo de necesidad física.

No es posible esté oculta la luz de los cristianos. No es posible esconder lámpara tan esplendente. No seamos negligentes. De la virtud se deriva una ganancia para nosotros a par que para los demás; por el mismo caso, doble es el daño de la maldad para nosotros y para los que son objeto de ella. Supongamos un pobre hombre que ha recibido de otro males sin número y no se venga, sino que responde al mal con beneficios. ¿No tiene eso más fuerza que todos los sermones y discursos y exhortaciones? ¿No calmará y extinguirá todo furor? Pues esto sabemos, abracémonos con la virtud, pues no hay otro modo de salvarnos, si no es practicándola así durante nuestra vida...¹⁰

Los que antes nos complacíamos en la disolución, ahora abrazamos sólo la castidad; los que nos entregábamos a las artes mágicas, ahora nos hemos consagrado al Dios bueno e ingénito; los que amábamos por encima de todo el dinero y los acrecentamientos de nuestros bienes, ahora, aun lo que tenemos, lo ponemos en común y de ello damos parte a todo el que está necesitado. Los que nos odiábamos y matábamos los unos a los otros y no compartíamos el hogar con quienes no eran de nuestra propia raza por la diferencia de costumbres, ahora, después de la aparición de Cristo, vivimos todos juntos y rogamos por nuestros enemigos y tratamos de persuadir a los que nos aborrecen injustamente, a fin de que, viviendo conforme a los bellos consejos de Cristo, tengan buenas esperanzas de alcanzar junto con nosotros los mismos bienes que nosotros esperamos de Dios, soberano de todas las cosas.¹¹

¹⁰ San Juan Crisóstomo; *Sobre los Hechos de los Apóstoles* (Homilía XX, 4) (MSPI núms. 634-639)

¹¹ San Justino; *Apología I* (Cap. XIV, núms. 2-3) (MSPI núm. 26)